

Un nuevo libro de Asensio Sáez

Crónicas del Festival en sus bodas de plata

CON más de doscientas páginas, salpicadas de numerosas fotografías, la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de La Unión ha puesto en circulación un importante libro en el que se recogen, junto a un nutrido anecdótico, los hechos más notables del Festival minero. «A orillas de sus venturosas y para mí tengo que casi milagrosas Bodas de Plata —quien conozca aquella debilidad de La Unión por lo efímero y caduco de sus eventos, entienda—, el Festival ofrece su chisporroteante curriculum como una impenetrable selva, como un túnel del tiempo, empedrado de toda suerte de acontecimientos, memorias e incluso chismografías, complejo y dilatado diorama al que, a través de los años, tantas novedades han arribado y tantas han periclitado, no digo si parabien o para mal, pues doctores tiene el tema, sociólogos las nuevas hechuras de la vida y adictos las recientes tecnologías del vídeo y la computadora, amén de que al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga». Son palabras del autor, pertenecientes al prólogo de la obra.

A continuación, ofrecemos un breve muestrario, seleccionado al azar de entre las páginas del libro, en cuya edición, independientemente de la citada Concejalía de Cultura, han colaborado también la Consejería de Cultura y Educación, la Consejería de Industria, Comercio y Turismo, la Presidencia de la Comunidad Autónoma de Murcia y el Instituto de las Artes Escénicas y de la Música, del Ministerio de Cultura.

El Festival se traslada a agosto (Del III Festival, 1963)

De octubre, al corazón del verano, cuando el sol pinta de oro crudo las fachadas y tuesta la piel de la sierra. De los primeros escalofríos otoñales, a los calores, como de horno panadero, del mes de agosto. Este es el año en que el Festival halla su nuevo emplazamiento en los veranos de los Jardines Mery, feliz decisión por la que se facilita la asistencia a numerosos turistas y veraneantes, asegurándose a la vez la estabilidad del buen tiempo.

Con la radio y la televisión, la prensa se vuelca a favor de la tercera versión del Festival, al que varios periódicos mandan en enviado especial, como la simpática Blanca Espinar, de «El Español», de amplísima tirada a la sazón. «La cronista va a La Unión al Festival del Cante de las Minas —escribe la periodista—. Ya en Cartagena una se encontró con un clima de entusiasmo. En los típicos cafés del puerto y en los bares populares donde los hombres del Arsenal y los obreros de Escombreras toman chatos de Jumilla, no se hablaba de otra cosa: ¡Va a ser un Festival de rumbo!».

«Para cantar en La Unión...» (Del VI Festival, 1966)

Bajo las luces de los carburos que iluminan el recinto, el nombre de postín: Narciso Yepes, Jacinto Almadén, José Blas Vega, Tino Grandío, que acaba de obtener primera medalla en la

Nacional de Bellas Artes... Monsieur Vidal, de la Radio-Televisión Francesa, le asegura formalmente a Manolo López, de Radio Juventud de Cartagena: «En Francia existe más afición al cante que en España». Ahí queda eso.

Alfredo Marquerie no ha podido venir. A cambio de su presencia, ha enviado unos versos que se publican en el programa de mano. Desde Buenos Aires, Camilo José Cela firma un emotivo telegrama, brindando por el buen éxito del Festival.

Llegan a La Unión Ramón Perelló y el maestro Montorio, autores del himno del Festival. Al solicitarle a Ramón aquella fórmula que garantice de algún modo la interpretación cabal de una copla minera, contesta en verso:

Para cantar en La Unión,
más que cultura y talento,
hace falta corazón
y sentimiento.

Trance del borriquillo terco o de cómo una tragedia puede convertirse en cómico entremés (Del IX Festival, 1969)

La «Dulcinea» de Gaston Baty, incluida en el programa de actos culturales del Festival, resulta ciertamente una hermosa pieza teatral de indudable contenido trágico, donde «las claves del vencimiento de la materialidad por el idealismo», según se hace constar en el programa de la función, alcanzan su mayor grandeza épica. Pues bien, por «exigencias del guión» y con destino al personaje de Sancho Panza, ha de buscarse en La Unión un borriquillo que, con la debida antelación y sin el menor tropiezo «ensaya» su papel. No se cuenta, sin embargo, con la evidente querencia que, por lo visto, el animal le toma al escenario; tanta que, llegado el momento oportuno, se niega rotundamente a hacer el mutis. Ha de suspenderse por unos minutos la representación. Se requiere angustiosamente la colaboración de varios voluntarios. Sólo entonces el obstinado borriquillo puede ser retirado del escenario, ni que decir tiene que entre las carcajadas a bandíbulas batiente del divertido público.

La misma Carmen Bernardos lo ha recordado en alguna ocasión, entre el pavor y el regocijo: —¡No, por favor, no me recordéis el «número» de La Unión!

La primera madrina del Festival (Del XII Festival, 1972)

Se abre el Festival con la proclamación de la primera madrina del mismo, Eulalia Boada Pallarés. Es este un brillante acto en el que Antonio Castro Villacañas pronuncia el pregón, ya pieza clave en el programa. Precisamente es a partir de este año cuando el pregón adquiere carácter eminentemente popular al celebrarse en el propio recinto del Festival, dotando al acto de un montaje espectacular que incluye, junto a la monumentalidad de la escenografía, la belleza de la madrina respectiva, el exorno floral, el despliegue colorista de los uniformes de gala de



Antonio Grau y Enrique Orozco en el II festival.

la policía Municipal de Murcia o los maceros de la Diputación Provincial, la presencia de la reina de los festejos del Rosario con su corte de honor, etc.

V Certamen del Trovo (Del XIV Festival, 1974)

...A partir de esta versión, el trovo dispone de un «heraldo», un «juglar», una «fuente de inspiración», etc. Está a las claras que los distintos nombramientos del certamen trovero sirven para implicar cordialmente al Festival a distintas personalidades de las artes y las letras.

En el presente certamen, que comprende dos jornadas, el popular periodista José García Martínez actúa de mantenedor como «heraldo del trovo»:

Tengan alerta la oreja
y escuchen de los mineros
su copla con moraleja...

El actor Juanito Navarro es nombrado «juglar» y la despampanante Viky Lusson «fuente de inspiración». Trece repentistas intervienen. Gana «el Lotero».

Intermedio con lluvia (Del XVI Festival, 1976)

...En el intermedio de la primera jornada actúan Lole y Manuel. Surge entonces un imprevisto chaparrón que a punto está de dar al traste la fiesta. Se dispersa el público, buscando refugio bajo las marquesinas, en pasillos y vestíbulos... Arrecia el agua. Media hora más tarde, con los asientos calados, goteantes, y una brisa como de otoño adelantado, se reanuda la interrumpida velada.

La nueva sede del Festival (Del XVIII Festival, 1978)

Tarde del 15 de agosto, el Festival encuentra su sede definitiva en la bellísima edificación del Mercado Público, exaltado por importantes críticos de arte como una de las piezas claves en la historia de la arquitectura modernista, más propia en verdad para recoger las inquietudes artísticas y culturales de un pueblo que para feriar melones, pescados y recova.

Naturalmente que el grupo de pintores del Festival encuentra en esta ocasión frenada la fantasía y la imaginación desplegadas en los distintos escenarios del Mery, ya que, al enfrentarse con

la estructura arquitectónica del Mercado Público, el pincel ha de someterse, lógicamente, a su estilo. Así, toda la escenografía es proyectada ahora en función del modernismo. Baste el siguiente ejemplo como dato curioso: las falsas lámparas que exornan las naves del recinto se construyen precisamente sobre el modelo que Boileau y Eiffel diseñaron un día para los almacenes «Le Bon Marché», de París.

En amplios paneles se exhiben los siempre renovados temas unionenses: «El bautismo del cante», «Paseo del Mercado», «Ciclistas en la calle Mayor», «Barcas de Portmán», etc.

La gitana Encarnación (Del XIX Festival, 1979)

Dieciséis cantaores en la primera jornada de cante, con intermedio a cargo de una bailaora de primera clase, Milagros. En la segunda jornada se le impone el «castillete minero» al gran maestro de la guitarra Manuel Cano. Por primera vez en la final, una guapa azafata, ataviada con el traje típico de la tierra: María Esperanza Jiménez.

...Ana María Romero y Martín Noguero proclaman la buena nueva: una mujer, «Lámpara minera». Su nombre, Encarnación Fernández. Gitana con duende, morena si no de verde luna, si de canela y limón, más canela que limón. Sabe a dónde va, sabe lo que tiene que saber: en qué gruta se esconde el tesoro del moro y en qué caja de conchas y corales crece la vena más profunda de los cantes.

—Pero, vamos a ver, hija, ¿cómo se puede cantar la angustia del minero, siendo mujer?

—Sintiendo aquí, corazón adentro, su dolor.

Adiós a Eleuterio Andreu (Del XXI Festival, 1981)

...Ahora que ya no está entre nosotros, caemos en la cuenta de que a Eleuterio le subía el drama de la mina desde el aljibe del corazón hasta la garganta herida, para hacerse verso de copla... Hasta que ha podido, ha caminado Eleuterio —¡aquél paso suyo, corto, característico, por la calle Mayor!— como lo que nunca ha dejado de ser:

minero de pelo a pie, minero de «trapo» y carburo en la mano, cuando ya la mina es otra cosa, cuando la máquina sustituye al hombre y en los «singles» la música electrónica vence a los medios tonos.

El Festival ha hecho memoria del viejo cantaor que ya nunca cantará si no es desde la luna negra del disco, él que tantas veces le dio de lado al «micro» y a la música en conserva. Ya nunca más va a asomar la taranta como ayer, ya nunca más. Adiós, maestro.

«Noche de padres e hijos» (Del XXIII Festival, 1983)

«Noche de padres e hijos» titula Antonio Garrido su crónica de «ABC» sobre la «noche flamenca», celebrada con total éxito. «Un silencio de respeto se apoderó de la sala cuando el guitarrista Antonio Piñana (hijo) apareció guiando los pasos de su padre, el cantaor Antonio Piñana. Otro guitarrista, Antonio Fernández, acompañará luego a su hija Encarnación... Antonio de Canillas, el Peti, Miguel Caparrós, Antonio Ferrer el Camionero; Juan Jiménez, «el Macarero»; Cristóbal Guerrero, «Barquerito de Fuengirola»; Manuel Romero y Enrique Orozco completan la nómina de las «Lámparas mineras» que componen la noche jonda.

Un ciclo se cierra (XXV Festival, 1985)

Un ciclo se cierra. Se supone que el XXV Festival va a poner broche de oro a un puñado de años en que el cante buscó y encontró su nuevo pulso hasta convertirse en cátedra veraniega, en jonda universidad a punto de brasa, todos y cada uno de los agostos unionenses.

—Oiga usted, también es casualidad que el Festival cumpla sus bodas de plata cuando ya somos «europeos».

—Pues, mire usted, no había caído.

Puestos a hacer balance, sobrenadará siempre a favor de La Unión un saldo de raíces recuperadas, de legítimas aspiraciones cumplidas, de ilusiones en buen uso. Baste, sino, repasar las crónicas que, mejor o peor compostas, atrás quedan.

De los próximos veinticinco años, Dios dirá.